



EL MARIDO DE LA AMAZONA
ELISSA LANDI

— PUBLICATION
SEMANTAL

50
GS

**LOS
MEJORES
FILMS**

Año I

Núm. 29

LOS MEJORES FILMS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

Pasaje de la Paz,
número 10 bis

EDICIONES BISTAGNE

Teléfono 18551
BARCELONA

EL MARIDO DE LA AMAZONA

Deliciosa novela humorística, interpretada por
ELISSA LANDI, ERNEST TRUEX, MARJORIE RAMBEAU,
DAVID MANNERS y otros notables artistas

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRESA INDUSTRIAL - Aribau, 133 - Teléfono 76307

El marido de la amazona

Argumento de la película

I

Allá por el año 800 antes de Jesucristo, la tierra de Pontus era gobernada por mujeres.

Ellas iban a la guerra, ellas desempeñaban todos los cargos públicos, ellas, en fin, trabajaban para sus maridos mientras éstos, ¡los pobres!, se ocupaban de las tareas impropias de su sexo.

Es decir, impropias entre nosotros, pues para aquellos hombres no había nada más propio y natural que barrer la casa, bordar, cuidar a los niños, etc., etc.

Influídos por el ambiente, los hombres parecían pertenecer al sexo débil y, en cambio, las damas parecían constituir el sexo fuerte.

Eran de ver aquellas mujeres vestidas con el rutilante traje de guerra, al aire las fornidas y hermosas piernas y conduciendo con pulso firme sus caballos.

Todas eran ágiles y bravas amazonas, hermosas y arrogantes, que iban sembrando la admiración y el respeto por donde pasaban.

De pronto se oyó en la ciudad un sonar de clarines.

—¡Son ellas!—gritaban los hombres y las pocas mujeres que

habían quedado en la población—. ¡Son las amazonas que regresan de la guerra!

En efecto, eran las amazonas.

Todas militarmente formadas y adoptando un aire marcial y magnífico a los lomos de sus caballos, entraban en la capital después del triunfo.

Después de las amazonas pasó la llamada Guardia de Asalto, cuerpo formado por mujeres de mucho cuerpo, todas, altas y fornidas, que imponían, más que respeto, temor.

Los hombres y las pocas mujeres que se habían quedado en la población, aclamaban a las intrépidas guerreras que volvían con el triunfo.

Por su belleza y su gallardía, destacaba Antíope entre todas las amazonas.

Antíope era hermana de Hipólita, la reina de Pontus. Su Majestad, que contemplaba desde la amplia tribuna de su palacio el paso del ejército victorioso, oyó que Buria, Jefe del Gobierno, comentaba:

—Vuestra hermana es una espléndida amazona.

Y la reina repuso sin darle importancia:

—Eso está en la familia, Buria.

Seguían desfilando las tropas.

Si algún hombre, en su imprudente impaciencia, rompía la fila de espectadores y trataba de avanzar más de la cuenta, era detenido por uno de los guardias femeninos mantenedores del orden, con palabras enérgicas.

Cuando las tropas rompieron filas, cada cual se fué a su casa.

Antíope, la princesa, se dirigió al palacio real, corriendo y saltando con su agilidad prodigiosa.

Era realmente un prodigio de belleza y esbeltez.

Su hermana, la reina, estaba en la cama de masajes y dos masajistas le embellecían las magníficas piernas.

Pues se daba el caso curioso de que aquellas mujeres lo único que no habían perdido de su espíritu femenino era la coquetería.

Así recibió la reina a su hermana Antíope.

—¿Cómo te ha ido, Antíope?

—Perfectamente.

—¿Fué fácil el triunfo?

—Facilísimo. A las "Pelirrojas" no las volverá a quedar ganas de provocarnos. Les robamos unos cuantos maridos para escarmentarlas.

—Bastante simpáticos por cierto—dijo soñadoramente la vieja Buria.

—¿Los habéis traído?—preguntó la reina.

—Sí.

—Pues no me he fijado.

—Tú nunca te fijas en los hombres.

—Una reina tiene sus deberes.

—Pero tiene derecho a hacer el amor a los muchachos guapos como todas. De lo contrario, ninguna mujer aceptaría el trono. Sería horrible que nos privaran de lo que nuestro corazón y nuestra naturaleza reclaman a gritos.

—No discutamos, Antíope, y sigue contándome. ¿Visteis algún griego?

—No. Cada vez estoy más convencida de que no existen.

—Pomposia jura que los ha visto.

—No sabe lo que se pesca.

—Pomposia dice que entre los griegos son los hombres los que pelean mientras las mujeres se quedan en casa.

—Está loca.

—Hablando de otra cosa, tengo que darte una mala nueva.

—No me la des.

—Necesitamos dinero y no sabemos de dónde sacarlo.

—Voy a bañarme por no oírte.

Se presentó una oficiala de la guardia real para anunciar a Pomposia, que desempeñaba la cartera de Hacienda.

Pomposia era una mujer riquísima que había llegado a ministro gracias al poder de su fortuna.

La mandó pasar mientras Antíope se lanzaba a la piscina que había en el centro del salón.

No usaba bañador. ¿Para qué? En palacio sólo había mujeres, y en caso de que entrara inopinadamente alguna, podía taparse los ojos si tenía vergüenza.

Nadaba por las lípidas aguas como una sirena.

Su Majestad dijo a Pomposia:

—Antíope no ha visto a ninguno de esos griegos de que tantas veces nos has hablado.

—Sin embargo, debemos estar preparadas.

—Bien. Entonces que se revisten mañana cinco mil mujeres.

—Sólo pueden revistarse tres mil—objetó Buria.

—¿Acaso no tenemos cinco mil soldados?

—Lo que nos faltan son armas.

—Que te las dé Pomposia.

—El tesoro está en una situación angustiosa—repuso la con-
sejera de hacienda.

—¡Siempre la misma canción!

—Hay un medio de arreglarlo.

—¿Cuál?

—Está relacionado con la presentación de mi hijo Sapiens a
Vuestra Majestad.

—Sería sentar un mal precedente, pero si es sólo eso...

—Eso y algo más.

—Habla claro.

—Mi hijo sería un consorte ideal.

—¿Casarme yo?—protestó la reina—. ¿Unirme a un hom-
bre del que jamás podría deshacerme?

—En otros países se practica la monogamia.

Entonces intervino Antiope. Se asomó al borde de la piscina.
Sonreía burlonamente:

—¿Monogamia has dicho? ¡Eso es absurdo, fantástico!

—Una ridiculez—opinó la reina.

—Entonces sólo se revistarán tres mil soldados.

La reina reprimió un gesto de ira.

—Está bien. Presenta a tu hijo mañana.

Pomposia se retiró llena de satisfacción.

En la piscina seguía deslizándose el cuerpo escultural y ala-
bastrino de Antiope.

II

—¡Mis guardias allanando las habitaciones de dos solteros!
¿No os da vergüenza?

Así hablaba la reina a dos guardas que permanecían cuadra-
dos ante ella.

Inmediatamente fueron presentadas las víctimas.

Eran dos viejos que difícilmente podían mantenerse en pie.

—¡Hablad!—ordenó Su Majestad a los guardias reales.

—Pues ocurrió—explicó uno de ellos, mejor dicho, una de
ellas—, que bebimos más de la cuenta y nos equivocamos de
habitación.

—¡El cuento de siempre!

—¡Estábamos en paños menores!—protestó uno de los viejos
encendido de rubor.

—¿Qué más?—inquirió la soberana.

—Me da vergüenza continuar.

—¡Habla!

—Pues esa—explicó el otro viejo—entró en la alcoba gritan-
do: “¡Un hombre! ¡Que me lo traigan!”.

—La otra me abrazó y me llamó “negro de mi vida”—explicó
el primer soltero que había hablado.

—¿Eso dijiste?—preguntó la reina extrañada.

—Estábamos a oscuras—se disculpó el guardia.

—Sólo así se comprende—repuso la reina que por nada del
mundo habría hecho el amor a aquellos vejesterios.

Y añadió:

—Seréis castigados a treinta días de arresto por mala conducta
y a treinta más por mal gusto. Os podéis retirar.

Y luego recomendó a los viejos:

—Y vosotros no tengáis nunca apagada la luz de vuestra al-
coba.

* * *

Terminado el incidente se procedió a realizar la ceremonia
que se repetía cada vez que las amazonas regresaban victoriosas
de la guerra.

Ante la estatua de Diana se reunió toda la oficialidad con la
reina y la princesa Antiope a la cabeza.

Y la soberana dijo solemnemente:

—¡Oh, Diana, protectora de las amazonas: os damos las gra-
cias por nuestras victorias y rendimos homenaje a vuestro sagra-
do cinturón!

Después la reina quitó el cinturón a la estatua y se lo puso
ella.

Aquel cinturón era el secreto del poder de las mujeres en
Pontus. Desde que lo tuvieron mandaron sobre los hombres. Si
algún día lo perdían, los hombres volverían a mandar en ellas.

* * *

Estaba Hipólita sentada en su trono, cuando se presentaron
en palacio Sapiens, el pretendiente de la reina, y sus padres.

Sapiens era un joven de angelical perfil y mirada candorosa, con atisbos de malicia.

Se había peinado la barba a pequeños bucles, rasgo supremo de coquetería.

En el vestíbulo de la regia mansión se había detenido para dar a su tocado los últimos toques.

—¡Date prisa!—le ordenó la madre.

—Ya voy, mamá.

—¡Pero mujer! Deja que el chico se ponga guapo—intervino el padre, que era un hombre muy de su casa.

—¡Tú te callas!—replicó la dama vivamente—. Lo que debías haber hecho era fijarte en que el vestido ha resultado corto. Se le ven los tobillos y eso es una indecencia.

—¡Es la moda, mujer!

—¡Es una inmoralidad!

Y añadió:

—¡Vamos, vamos! No hagamos esperar a la reina.

La soberana los hizo pasar al punto y quedó impresionada por aquel punto de malicia que había en la mirada del joven y por su fino perfil.

—¿De quién has sacado esa expresión de picardía, monada?—preguntó la reina amablemente.

—De mi papá—repuso Sapiens señalando al autor de sus días y bajando la mirada con gesto pudoroso.

El viejo se ruborizó también.

En cambio, la madre sonreía satisfecha.

El padre, que en eso de coquetear era un maestro, empujó a Sapiens hacia la reina.

Y como a ella le gustaba aquel mancebo ingenuo, aunque no tanto para llegar a las cadenas matrimoniales, lo invitó con una sonrisa a que se sentara a su lado.

—¿Qué clase de hombre eres?—le preguntó la soberana.

—Yo soy como vos queráis que sea y me someteré a todos vuestros gustos.

La reina sonrió satisfecha.

—Si todos los hombres fueran como tú—dijo—la población no disminuiría.

—¡Qué cosas dice Vuestra Majestad!—exclamó Sapiens enrojeciendo.

—Tu ingenuidad me complace. ¿Qué opinas del matrimonio?

—Que el hombre necesita la protección de la mujer a menos que quiera exponerse a caer en el fango.

—¡Me están dando ganas de protegerte!—repuso Su Majestad comiéndoselo con la mirada.

—¡Por Dios, Majestad! ¡Oh, las mujeres! ¡Qué malas son con los hombres!

—Contigo no lo seré—repuso la reina en tono protector y mimoso.

—Todas dicen lo mismo, y después...

En este momento entró Antiope en el salón.

—Este es Sapiens—dijo Hipólita presentándole.

Antiope le dirigió una mirada llena de indiferencia.

—¡Hola!, ¿cómo estás?

—Todos en Pontus—repuso Sapiens dándoselas de frívolo—estamos locos por la princesa.

Antiope le volvió la espalda y dijo a la reina:

—Esta noche voy al circo. Hay un pugilato entre la Pantera de Pontus y Berta Porrazos.

Pero a la reina le interesaba hablar de otra cosa.

—Pomposia se empeña en que ensayemos eso del matrimonio.

—¡Cuando yo digo que Pomposia ha perdido el juicio!

—Y a mí se me ha ocurrido que pruebes tú con Sapiens.

—¡Vaya una ocurrencia! ¡Pruébalo tú!

—Lo digo en serio.

—En serio lo digo yo.

—Entonces no podemos hacer nada, Sapiens.

Y la reina se retiró a sus habitaciones dejando a Sapiens avergonzado y confundido.

III

Dos guardias de asalto se presentaron a la reina conduciendo dos prisioneros.

Eran hombres vestidos de guerreros, lo cual extrañó sobremanera a la reina y a la princesa de Pontus.

—¿Qué clase de mujeres es ésta?—inquirió Hipólita.

—Son hombres, Majestad—repuso uno de los guardias.

—¿Hombres?

—Sí.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque los hemos registrado.

Uno de los prisioneros, el más joven, preguntó a la soberana:

—¿Sois Hipólita, reina de las amazonas?

—Sí, ¿y vosotros?

—Yo soy Teseo—dijo el joven.

—Y yo Homero, el poeta—repuso el otro.

—¿De dónde venís?

—De Grecia.

Esta respuesta produjo sensación.

Antíope, que presenciaba la escena, tuvo que reconocer que Pomposia no mentía.

—¡Son espías!—exclamó la presidenta del Consejo.

Y la reina, recelosamente, preguntó:

—¿A qué venís?

—A rendir homenaje a tan famosa reina—repuso Teseo gentilmente.

—Se conducen con tanto tino como si fueran mujeres—comentó la reina.

A todo esto, Sapiens, que no dejaba a la reina a sol ni a sombra, miraba con asombro a los prisioneros y, celoso al advertir que habían impresionado favorablemente a la reina, exclamó:

—¡Qué impúdicos! ¡Enseñando las piernas!

La reina le dijo severamente:

—Sapiens, puedes retirarte.

—Pero, señora...

—¡Márchate!

—Vamos, papá—dijo Sapiens despedido al autor de sus días.

—¿Qué opinan de las amazonas?—preguntó la princesa, que no quitaba ojo a Teseo.

—Las admiramos.

Y ofreciendo un regalo a la reina, preguntó:

—¿Aceptáis este presente?

—Con mucho gusto—repuso la soberana tomándolo.

—¡Cuidado con los regalos griegos!—advirtió la presidenta.

Pero la reina lo tomó complacida.

A todo esto, Antíope había observado que en el escudo de Teseo había una flecha clavada. Y como mantenía el escudo com-

pletamente pegado a su cuerpo, la princesa sospechó que estaba herido.

Apartó un poco el escudo y vió que, en efecto, la flecha, después de atravesarlo, se había clavado en su brazo.

—¡Estás herido!—exclamó Antíope.

—No tiene importancia—repuso Teseo con una sonrisa.

Ella le arrancó la flecha y le vendó hábilmente la herida.

Después exclamó:

—Si tan fuertes sois vosotros, ¿cómo serán vuestras mujeres?

—Muy amables con nosotros.

—¡Claro! ¡Las mujeres deben proteger a los hombres!

—¿Quién eres?—preguntó Teseo, cada vez más cautivado por aquella hermosa y arrogante mujer.

—Antíope.

—¿Una guerrera?

—Segunda en el mando del ejército.

—¿Puedo decirte que eres muy bella?

—No está bien que un hombre diga eso.

—Entonces sólo lo pensaré.

Antíope retiró la vista. Sentía algo extraño al recibir la mirada de aquel joven arrogante.

—¿Cómo retribuiros por el regalo?—inquirió la reina.

—No vale la pena—contestó Teseo.

—Pues de algún modo he de demostraros mi gratitud.

—Si quisierais darnos algo de vuestro uso particular...

—Pedid.

—Vuestro cinturón, por ejemplo.

La reina se estremeció.

—¿No os dije que no os fiárais?—exclamó la presidenta.

—¡Detenedlos!—gritó la reina.

—¿En qué he podido ofenderos?—preguntó Teseo desolado.

—Me pedías el cinturón, que es precisamente la clave de nuestro poder.

—Perdonad. No sabía...

—No me volveréis a engañar. ¡Detenedlos!

Los guardias se los llevaron.

Y los ojos de Antíope siguieron a Teseo hasta haberlo perdido de vista.

IV

De pronto se presentó un heraldo. Era una hermosa muchacha de cabellos rubios.

Cayó al suelo rendida por la fatiga. Todos la rodearon y oyeron esta revelación inquietante:

—Un ejército acaba de desembarcar.

—Son los griegos—gritó la presidenta—. Ahora queda explicado el viaje de esos dos desdichados prisioneros.

Y he aquí que en aquel preciso instante llegó a la reina la noticia de que los prisioneros se habían escapado.

Por primera vez se produjo un rumor de inquietud entre las Amazonas.

La princesa se revolvió heroica e iracunda.

—¿Es que tenéis miedo a los hombres?—preguntó en voz alta.

—¡No!—respondieron todas a coro.

—Entonces lucharemos con los griegos y los derrotaremos. ¡A nuestros cuarteles!

—¡Moviliza tus tropas en seguida!—ordenó la reina—. Y que preparen mi carro de guerra. Con nuestros cinco mil soldados...

—Recordad que no hay armas más que para tres mil—advirtió Pomposia.

—Pero tú tienes armas para los otros. ¿Vas a consentir que...?

—Majestad, esas armas podrían ser mi regalo de bodas.

—¿Ese es tu precio?

—No lo hagas, Hipólita—recomendó Antíope.

Pero la reina repuso:

—Acepto.

—¿Te das cuenta de la esclavitud que representa el matrimonio?—insistió la princesa.

—Sí, pero necesito las armas—repuso la reina.

—Es una locura.

—Es un negocio que conviene al Estado.

—La boda debe realizarse inmediatamente — advirtió Pomposia.

—Por supuesto.

Y la madre de Sapiens fué a anunciar a éste la feliz nueva.

El joven se estremeció de emoción:

—¡Oh, mamá! ¿De veras? ¿Voy a casarme en seguida?

—¡Sin pérdida de tiempo! ¡Vamos!

—¡Pero, mamá! ¿Ni siquiera me dejas preparar el equipaje para mi viaje de novios.

—¡Corre! Su Majestad espera.

Fué un problema la realización del matrimonio, porque allí no se había casado nadie nunca y no sabían lo que tenían que hacer.

Pero Pomposia, que lo tenía bien aprendido, dió todos los detalles necesarios para que el casamiento se llevara a cabo sin pérdida de momento.

—¡Ahora vamos a lo que importa!—exclamó la reina—. ¡Que empiece el ejército la marcha!

Y Antíope salió en busca de su caballo.

—Ahora seré siempre tuyo—susurró Sapiens al oído de la reina.

—Déjate de chiquilladas ahora.

—¡Pero, Hipólita!...

—No puedo eccucharte, Sa... ¿Cómo te llamas?

—Sapiens.

—Pues bien; adiós, Sapito.

—¿Te vas?

—Sí.

—Espera. Te acompaño.

—¿Sabes que voy a la guerra?

—Sí.

—¿Y no temes?

—La curiosidad es más fuerte que el temor. Además, no quiero separarme de ti.

—No vengas. Podrían lastimarte.

—Pues yo quiero ir contigo.

—¡Te digo que no!

—¡Que sí!

—¡Que no!

—¡Que sí!

Y como Sapiens empezaba a gimotear, la reina exclamó:

—¡Ven y revienta de una vez!

Subieron al carro de guerra. Hipólita empuñó las riendas y el carro emprendió la marcha velozmente. Sapiens cayó a con-

secuencia de la arrancada, pero logró asirse fuertemente a la trasería del vehículo y no llegó al suelo.

V

En el campamento se ejercitaban las amazonas disparando sus flechas, mientras la reina, en su tienda real, estudiaba mapas y planos.

Sapiens, que no sabía qué hacer y al que le había dado por imitar a las mujeres, también se ejercitaba en los disparos de flecha. Pero era tan torpe en el manejo del arco, que uno de los disparos, en vez de dar en el blanco, se desvió varios metros a la derecha, atravesó la lona de la tienda real y el respaldo del sillón en que estaba sentada Hipólita, y le dió a ésta un pinchazo en la posterior y más baja de la guerrera.

Dió un salto Hipólita y al ver la punta de la flecha, exclamó:

—¿Quién habrá sido la torpe arquera?

Y entonces vió que Sapiens entraba en la tienda con el arco.

—¿Has visto por aquí una flecha, amor mío?

La reina le miró amenazadoramente.

—¿Luego has sido tú el que me la clavado?

—¿Dónde?

—En el cenador.

Y le arrebató el arco furiosamente.

—¡Trae!—gritó—. ¡No me hagas perder más la paciencia!

Sapiens lloriqueó.

—Sólo llevamos dos semanas de casados y ya me insultas.

—Pues imagínate lo que ocurrirá cuando llevemos un año de matrimonio.

—Sólo te interesa ese estúpido mapa.

—He de estudiar mis planes de guerra.

—¡Y a mí no me haces caso!

—Vete a jugar con tus juguetes. ¡Hemos venido a pelear con los griegos y nada más!

—Ya sé que no debía haber venido. ¡Te has cansado de tu maridito!

Hizo un puchero, se echó en una de las estrechas camas de aquel tiempo y prorrumpió en sollozos.

Hipólita se apiadó de él. No podía oír llorar a un hombre.

Sapiens, que abrió un ojo y la vió venir, se cubrió pudorosamente un brazo que la túnica dejó al descubierto.

—¡Vamos, vamos! No te pongas así.

Y la reina se sentó en la cama e hizo que Sapiens se sentara en sus rodillas.

Esto bastó para animarle.

—Debías consultar tus planes con tu maridito—dijo mimosamente.

—Tú no los comprenderías.

—Los hombres sabemos tanto como las mujeres.

—¡Qué disparate!

—Yo quiero vestir de guerrero.

—¡Basta! ¡Eso es una inmoralidad!

Y se levantó y se dirigió a su mesa.

—No creo que eso tenga nada de particular. ¿No van los griegos con las piernas al aire?

—Silencio. Tú harás lo que yo te mande.

A todo esto, Sapiens no había dejado de revolver entre sus manos un papel mientras hablaba.

De pronto lo desplegó y lo mostró a la reina.

Eran una serie de muñecos de papel enlazados.

Pero ¿de qué papel? ¿Qué papel había usado Sapiens para hacer aquéllo?

¡El mapa de la reina!

—¡Mi mapa!—gritó Hipólita.

Sapiens echó a correr perseguido por la reina. Se sentó a una mesa donde había una bandeja de fruta. Se comportaba como un niño aburrido que sólo piensa en cometer travesura tras travesura. Cogió una manzana de la bandeja.

—¡Me estás haciendo perder la paciencia, Sapiens!

Este le mostró la manzana con un gesto de picardía.

—¿Quieres morder?

Y avergonzado por la intención de la farsa, arrojó al aire la manzana.

Esta le cayó en la cabeza. La reina le amonestó:

—¡Ea, Sapiens! Basta de frivolidades.

Y en este momento apareció la presidenta para dar cuenta de que por fin habían dado con el emplazamiento de los griegos.

VI

La princesa estaba muy satisfecha del éxito de las amazonas.

—¡Nos ha costado, pero hemos encontrado al fin el campamento del enemigo!

—¿Está lejos?

—Bastante.

—¿Habéis logrado coger algún prisionero?

—No es cosa fácil. Imagínate que todos son hombres como Teseo.

—¿Los hombres guerreando? ¿No te parece que se han vuelto locos?

—Lo que pienso es que se habrán impuesto a sus mujeres. ¡Pobrecitas! A lo mejor están recluidas en casa como si fueran hombres.

—¡Eso sería denigrante!

—Una afrenta para nuestro sexo.

Estos comentarios fueron interrumpidos por el anuncio de la llegada de un heraldo griego.

—Seguramente quieren rendirse — dijo Hipólita con arrogancia.

—Es lo más probable.

—Que entre.

Apareció el heraldo, un hombretón alegre y simpaticote, que iba echando piropos a todas las amazonas y centinelas que encontraba al paso.

—¿Eres tú el heraldo?—preguntó la princesa.

—Sí. Soy griego, Hipólita.

—Hipólita no soy yo. He aquí la reina.

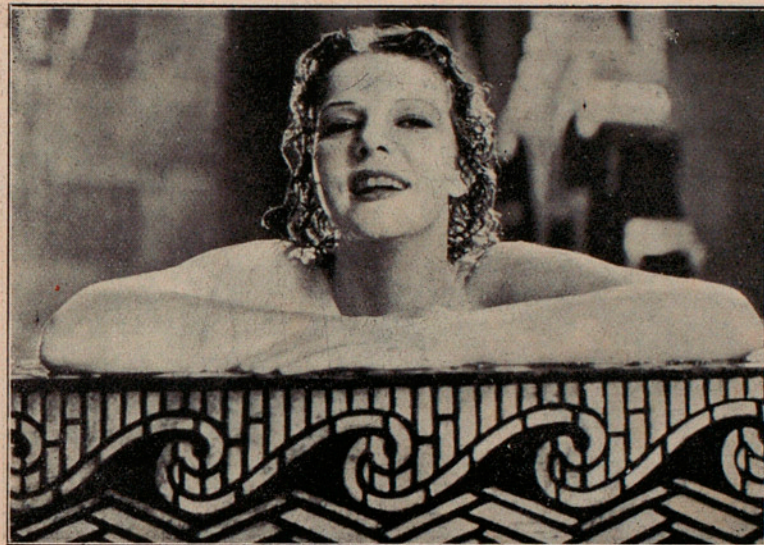
—Pues bien, a vos os digo que vengo del campo enemigo para retaros a mortal combate en nombre de Hércules, hijo de..., hijo de...

—¡Para haber empezado con tan altos vuelos pronto se te ha acabado la inspiración!—comentó Antíope.

—Es que sólo lo he ensayado dos veces—repuso el griego con franqueza.

—Continúa—ordenó la reina.

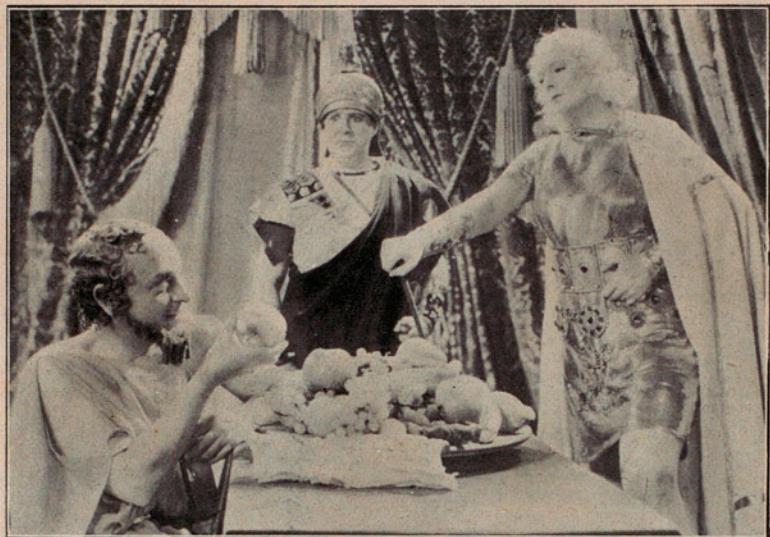
—Pues vengo a retaros en nombre de Hércules—continuó el



Se asomó por el borde de la piscina.



Cayó al suelo rendida por la fatiga.



Cogió una manzana de la bandeja.



Estuvieron un rato charlando.



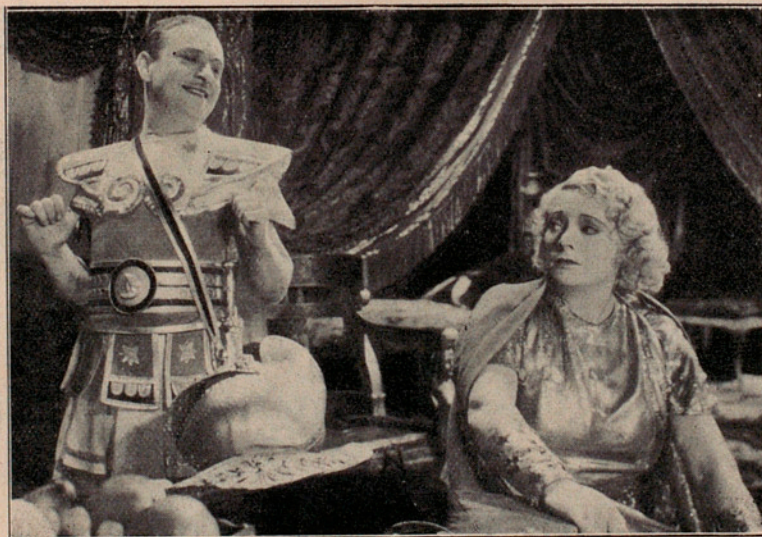
Se entabló el duelo.



Se arrodilló al lado del herido.



—¡Amor mío!



Dirigió a la reina una sonrisita de superioridad.

heraldo en tono campanudo—. Hércules, fuerte como un roble, tan fuerte, que se baña en la lava del Vesubio.

—¿Quién te ha escrito esa monserga?—preguntó Antíope.

—Homero, nuestro agente de publicidad.

—¿Eso es todo?—inquirió la reina impacientándose.

—No, hay más.

—Te suplico que no te detengas.

—Pues decía que el gran Hércules os reta a mortal combate y jura por Marte que os hará morder el polvo.

—Bien: ¿dónde nos encontraremos?

—Entre los dos campamentos.

—Perfectamente.

Y ya se iba el heraldo a marchar, cuando se detuvo.

—¡Ah, se me olvidaba! Hércules dice que podéis usar el cinturón.

—Quieren el cinturón—exclamó la reina.

—Así parece—repuso Antíope.

Y la reina preguntó al heraldo:

—¿Quieres una copita?

—Eso me gusta más que el jamón.

—¡Pues sí que empezó pronto!

Y dijo a Antíope en voz baja:

—Hemos de hacerle beber para que cante.

Antíope lo hizo pasar a un departamento reservado de la tienda, donde había toda clase de comodidades y refinamientos.

Empezó el heraldo a beber y Antíope a animarle a que siguiera bebiendo.

—¿Conoces a Teseo?—le preguntó de pronto, con curiosidad femenina.

—¡Que si lo conozco! ¡Cómo que soy su ordenanza desde que era así!

Había señalado la altura de un metro aproximadamente.

—¿Desde que era así quién: Teseo o tú?—preguntó Antíope.

—Teseo.

—¡Pues sí que empezó pronto!

—Sólo te diré que lo amamantaron con una espada... Es una voluntad de hierro y un corazón de oro... ¡Un héroe!... ¿Qué más puedo decir?

—Di todo cuanto quieras.

—Sólo se me ocurre una cosa.

—¿Cuál?

—Que eres muy simpática.

—Lo mismo opino yo de ti.

Apareció la reina.

—¿Tan pronto?—preguntó al ver que el griego estaba ya borracho.

Y él exclamó levantando su vaso y dirigiéndolo a la soberana:

—A tu salud, Hipopótama, digo, Hipólita.

Y ella replicó con esta pregunta:

—¿Por qué quiere Hércules mi cinturón?

—Es una historia muy curiosa—explicó el heraldo—. Los dioses le impusieron doce castigos por haber dado muerte a su mujer. Este es uno de ellos.

—¿No hay más motivo que ese?

—No hay otro.

—Pues es bien poca cosa.

—Es que ese Hércules ¡es tan brutote!...

—Gracias por tu mensaje.

El griego, que no era tonto, comprendió que la reina le despedía.

—¡Salud!—dijo dirigiéndose a la puerta.

Pero allí se detuvo.

—A todo esto no me habéis dicho si aceptáis el reto.

—¡Hipólita no ha retrocedido jamás ante una amenaza!

—¡Olé tu mare!

Y el griego se marchó murmurando:

—¡Nos vamos a divertir con esta guerrita!

VII

La reina se quitó el cinturón y dijo a la princesa:

—Llévalo a Pontus.

—¿Marcharme ahora?—protestó Antíope—. Quiero pelear.

Y se puso el cinturón que su hermana le había entregado.

—Sólo en ti puedo confiar, Antíope. Te suplico que no lo pierdas un solo momento de vista.

—Descuida. El cinturón está bien seguro en mis manos.

Hipólita se despidió de su hermana y corrió hacia su carro de guerra que esperaba delante de su tienda.

¡Ahora sabría aquel Hércules quién era la reina de las amazonas!

Como las órdenes habían circulado rápidamente, todos estaban dispuestos para el combate. Pero Hipólita quería hacer antes ciertas exploraciones y ordenó que nadie se moviera del campamento.

Sapiens echó a correr detrás de ella llamándola:

—¡Hipolitina! ¡Hipolitina!

Ella se detuvo.

—¿Qué quieres?

—¿No se te olvida nada?

—¿A qué te refieres?

—A que no me has dado un besito.

Y Sapiens le ofrecía los labios con un gesto lleno de mimo.

Ella le dio un rápido beso y se marchó.

Sapiens se quedó muy triste.

—¡Qué desgraciado soy!—gimió.

Y Antíope, que también había salido a decir adiós a su hermana, le preguntó:

—¿Qué te pasa, hombre?

—Pero ¿no ves cómo me trata?

—Comprende qué tiene mucho trabajo.

—¡Siempre el trabajo! ¡Como si un marido fuera un cero a la izquierda!

Entraron en la tienda. Estuvieron un rato charlando.

—Soy marido de nombre solamente—se lamentó Sapiens.

—¿Puedo hacer algo?...

—¡Oh!

—¿Puedo hacer algo para que mi hermana se dé cuenta de lo simpático que eres?

—¿De veras crees que soy simpático?

—¡Claro que sí, cuñadito!

—Flirteos, no. ¿Qué diría Hipólita si se enterara?

—¿Es preciso que se entere?

—Eso es verdad.

—Lo hago por consolarte.

—¡Qué amable eres, cuñadita!

—Vamos al columpio. Esto te distraerá.

Se sentaron los dos en el columpio.

Y, al mismo tiempo que se balanceaban, seguían conversando.

De pronto Sapiens resbaló y salió despedido como un proyectil, yendo a caer en el interior de la tienda, sobre una mesa.

Antiope se apresuró a auxiliarle y como Sapiens estaba conmocionado, tuvo que cogerlo en brazos para conducirlo al lecho.

Esta operación fué presenciada por la presidenta que, naturalmente, pensó lo peor.

Sin pérdida de tiempo corrió a dar cuenta a la reina de lo que había visto.

* * *

Era noche cerrada.

Estaba Sapiens tendido en el lecho gimiendo blandamente y Antiope a su lado lavándole la frente para hacerlo volver en sí, cuando Teseo y Hércules llegaron al campamento.

Se deslizaban sigilosamente para no hacer ruido, aprovechando las densas sombras nocturnas.

Hércules era un gigantón que llevaba a Teseo cerca de dos palmos. Vestía del modo más rudimentario y primitivo y su cara peluda no tenía nada de tranquilizadora.

Teseo iba delante y Hércules detrás.

De pronto, la cabeza del gigante tropezó con unas barras de hierro que colgaban cerca de la tienda real y que servían de campana para reunir a las tropas.

Al chocar la cabeza del gigante con las barras, estas resonaron fuertemente.

Los dos se sobresaltaron.

—¡Lleva cuidado, hombre!—le reprendió Teseo.

—¿Cómo podía imaginarme que tenía una campana por cabeza?

—¿Te has hecho daño?

—No, es que me ha asustado el ruido. Yo no sigo adelante.

—¿Tienes miedo?

—Tanto como miedo no, pero creo que no tendrán el cinturón aquí. ¿Cómo se le puede haber ocurrido a la reina dejarlo abandonado?

—¡Claro que se lo habrá dejado aquí!

—¿Por qué?

—Porque le dijeron que lo llevase puesto.

—¡Qué talento tienes! No había caído.

A todo esto, Antiope, que había oído el ruido del cabezazo, dejó un momento a Sapiens y se asomó a la puerta de la tienda.

Al ver a Hércules, inconfundible por su corpulencia, reprimió un grito de asombro y volvió al interior de la tienda para quitarse el cinturón y guardarlo en un arca.

Sapiens, que ya había vuelto en sí, pero que seguía haciéndose el desmayado para que Antiope no cesara de prodigarle sus caricias, abrió un ojo y vió cómo guardaba el cinturón.

VIII

Antiope sujetó con la mano el puño de la espada y salió al encuentro de los espías.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis?

—¡Mi bella amazona!—exclamó Teseo—. ¿No me recuerdas?

—Por fortuna te recuerdo y sé muy bien que eres mi enemigo.

—Este es Hércules.

—Ya lo he supuesto.

Y preguntó a Teseo:

—¿Has matado a Hipólita?

—No. Ni tengo interés en hacerle el menor daño.

—Entonces ¿qué quieres?

—Nada más que el cinturón.

—¿Conque el cinturón, eh? ¿Y crees que te lo voy a dar?

—Por lo menos podrías decirme dónde lo has escondido.

—Ahora comprendo por qué pediste el cinturón a la reina como regalo.

—Sólo pretendía ayudar a Hércules.

—Trataste de engañarnos.

—Todos nos valemos de nuestras mañas.

—Pues yo prefiero pelear—dijo la amazona con arrogancia—. ¿Aceptas el reto?

—Si no hay otro remedio...

—Bien. Empezaré por Hércules.

Antiope sacó la espada dispuesta a entredárselas con el gigante, pero éste echó a correr pidiendo socorro a voz en grito.

La princesa le persiguió, pero no pudo encontrarle.
Volvió al lado de Teseo.

—¿Tú también corres?

—Prueba a hacerme correr—repuso el griego con una sonrisa.

—Saca la espada—dijo Antíope sin guardar la suya.

Así lo hizo él. Se entabló el duelo.

Antíope era una hábil esgrimista, pero Teseo era más fuerte y manejaba mejor aún la espada.

Por eso logró desarmarla fácilmente.

Y cuando la espada de la princesa rodó por el suelo, Teseo arrojó la suya.

La princesa experimentaba una mezcla de indignación y asombro.

—¡Muy gentil!—dijo sonriendo forzosamente.

—Jamás me atrevería a vencer a semejante belleza.

—¡Luchemos cuerpo a cuerpo!

—¿Para qué?

—Uno u otro ha de vencer.

—Ya me has vencido tú a mí.

Y al decir esto, Teseo le dirigía una mirada llena de adoración.

—¿Te burlas de mí?—exclamó Antíope echando fuego por los ojos.

—¡Cómo burlarme de lo que sólo me inspira adoración!

—¿No te da vergüenza? ¿Andar haciéndole el amor a las mujeres?

—Te aseguro que no.

—A fe que sois extraños los griegos.

—Y a fe que eres bella.

Diciendo esto, Teseo enlazó a la princesa por el talle, la atrajo hacia sí, y la besó.

Ella comenzó por golpearle allí donde sus manos alcanzaban. Pero poco a poco fué decreciendo su furia y acabó por corresponder al beso de Teseo apasionadamente.

Cuando pudo desprenderse de aquellos brazos se sintió presa de extrañas emociones.

—¿Qué te pasa?—le preguntó Teseo.

—No lo sé.

—¿Estás sonrojada?

—¡Sólo los hombres se sonrojan!—replicó Antíope sintiendo que realmente el fuego del rubor teñía sus mejillas.

—Pues tus mejillas echan fuego. ¡Un tono de carmín encantador!

—Debe ser la excitación del combate.

Y avergonzada de su blandura exclamó:

—¿Volvamos a luchar?

Pero por toda respuesta, Teseo la cogió en brazos y se la llevó sin que ella pudiera hacer nada por impedirlo.

¡Era tan superior a ella en fuerzas aquel hombre!...

* * *

Entretanto, Sapiens había cometido una nueva travesura.

Descubrió el escondrijo de Hércules y le fué fácil inspirarle confianza y conducirlo a la tienda real.

Hércules tenía una fuerza descomunal, pero era tan inocente como un niño.

De pronto se oyó un resonar de trompas.

Era que la reina, advertida por la presidenta de que Sapiens la engañaba, se había apresurado a regresar al campamento.

Hércules había dado un salto al oír los vibrantes sonos de los cuernos.

—¿Es la reina?

—No te asustes—le tranquilizó Sapiens poniendo en juego toda su astucia—. Aquí siempre están tocando la corneta. Debe de ser el basurero.

Y aún no había terminado de pronunciar estas palabras cuando se oyó una llamada imperativa de Hipólita:

—¡Sapiens!

El cándido esposo salió de la tienda dando saltitos.

—¿Me has llamado, vida mía?

—¡Jamás te llamaré semejante cosa!

—¿Qué pasa, Hipólita?

—¡Bien lo sabes tú!

—Yo no sé nada de particular.

—¿Nada de particular y tienes una mujer en tu tienda?

—No seas celosa.

—¡Adúltero!

—Calma, querida. Lo que tengo en la tienda es un tío con toda la barba, grandote y fuerte como una mujer.

—¡Mientes!

—¿Qué supones?

—Es Antíope la que está ahí dentro. ¡Que salga!
 —Va a salir, sí, pero no Antíope, sino mi prisionero.
 —¡No lograrás engañarme, pérfido, coqueto, esposo infiel!
 Y ordenó a sus guardias:
 —¡Cerrad la tienda!
 —Ahora te convencerás—dijo Sapiens sonriendo.
 Y ordenó a Hércules:
 —¡Sal de ahí!

En la puerta de la tienda apareció el barbudo gigantón, más asustado que una rata perseguida.

—¿Eres Hércules?—preguntó Hipólita.
 —Sí, si Su Majestad no ordena otra cosa.
 —¡Detenedlo! ¡Encadenadle!

Veinte guardias se abalanzaron sobre el gigante y lo encadenaron y condujeron a la tienda-prisión.

Allí le ataron a un tronco y así lo dejaron.

IX

—¿Dónde está Antíope?—preguntó la reina volviendo a poner en Sapiens toda su confianza.

—Se debe de haber marchado a Pontus.

—Pero ¿no estás seguro?

—No. Estaba conmigo cuando me desmayé. Después desapareció.

—¿Te desmayaste?

—Sí.

—¿Cómo fué eso?

—A fuerza de pensar en ti.

—¡Siempre tan romántico!

—¿Estás satisfecha de que haya hecho prisionero a Hércules?

—¿Cómo no he de estarlo?

—Entonces no me niegues un gusto.

—¿Qué gusto?

—Que me vista de guerrero.

—Bueno. Vístete. Pero a condición de que no has de tocar las flechas.

—¡Te lo prometo!

Y Sapiens se fué palmoteando alegremente.

* * *

Teseo había llegado al campamento griego con su preciosa carga.

Antíope se debatía desesperadamente.

La depositó Teseo en su tienda.

Protestó la primera.

—Puedes dar gracias a que soy una prisionera indefensa.

—No te considero así.

Y Antíope se echó a llorar. ¿De ira? ¿De pena? ¿De placer? Realmente, no sabía lo que le pasaba.

—La culpa la tuve yo por olvidar que eras mi enemigo—se lamentó.

—¿Yo tu enemigo? No lo he sido nunca; no lo puedo ser.

—Pues yo sí lo soy tuyo.

—¡Bella enemiga, perdóname!

Y era tan sincero el tono empleado por Teseo, que impresionó a la princesa favorablemente.

—Te perdonaría, pero temo que vuelvas a traicionarme.

—Te juro que puedes estar segura de mi amistad.

—Entonces, te perdono. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de que hemos de tratarnos como dos soldados y no como hombre y mujer.

—Bien. ¿Quieres un vaso de vino?

—Sí.

Brindaron y bebieron.

El excelente vino levantó un tanto el abatido ánimo de la princesa.

Volviéron a brindar.

—¡Por la guerra!—dijo Teseo.

—¡Por el triunfo!—exclamó Antíope.

—Tú ya has triunfado.

Y añadió:

—Para siempre.

La miraba a los ojos.

Ella sintió como si aquella mirada enviara a su cuerpo una descarga eléctrica.

—Por la paz y la felicidad—dijo entonces Teseo.

—Por la felicidad—repitió ella.

Se sentaron en una especie de chaise-longue. El diálogo ad-

quirió muy pronto un tono vehemente que terminó en un intercambio de expresiones amorosas.

Y se fundieron en un apretado abrazo y Antíope se estremeció al sentir el calor de aquellos labios en los suyos.

—Me gustas sin barba—dijo Antíope que no estaba acostumbrada a ver hombres sin pelos en la cara.

—Aquí todos nos afeitamos.

—Ya lo he advertido. ¿Cómo lo hacéis?

—Con un cuchillo, todas las mañanas.

—Eso lo hacéis para pareceros a las Amazonas.

—Un hombre puede sentirse orgulloso de parecerse a una mujer tan intrépida como tú.

Ella se le quedó mirando fijamente.

—¿Qué extraño me parece todo esto! Jamás me ha inspirado temor un hombre y te temo a ti.

—¿Me temes?

—Sí, pero no me importa.

—Me alegro de que no te importe.

Y la acariciaba.

—Me gustan las caricias paternas.

—¿Paternas? Pero ¿no te has dado cuenta de que te estoy haciendo el amor?

—Si quieres que te diga la verdad, no sé si me he dado cuenta.

—Voy a darte una prueba.

Y la prueba fué un nuevo beso.

—¿Te convences ahora?—preguntó el guerrero.

—Creo que ya estaba convencida antes. ¡Lo que pasa es que ¡me parece tan extraño todo esto! En mi país son las mujeres las que hacen el amor.

—¿Te gusta el cambio?

Antíope entornó los ojos.

—Es algo maravilloso y desconocido para mí—murmuró.

—¿De veras no has amado nunca?

—Jamás. Las Amazonas se burlan de mí porque no acostumbro cometer abusos con los prisioneros. ¡Es tan natural y frecuente ese proceder entre ellas!

—Cada vez te amo más, vida mía.

De nuevo se confundieron en un abrazo, que esta vez fué interrumpido por una voz que decía:

—Dispensen.

Era Popus, el heraldo y ordenanza de Teseo, el cual se quedó estupefacto al reconocer en Antíope a la Amazona que le había invitado a beber.

—No te necesito, Popus—dijo Teseo molesto por la inoportuna visita.

Y Popus se fué murmurando:

—¡Nos vamos a divertir con esta guerrita!

X

—Las Amazonas están impacientes por emprender el ataque—decía la presidenta a Su Majestad.

—Pues hay que contenerlas hasta que Antíope regrese de Pontus.

—Va a ser difícil.

—Pues es necesario. Antíope es la mejor garantía del triunfo.

—Pondré todo mi empeño en cumplir las órdenes de Su Majestad.

Y cuando la presidenta se marchó apareció Sapiens vestido de guerrero.

El aspecto que Sapiens ofrecía era tan raro, debido a las costumbres de Pontus, que la soberana se echó a reír estrepitosamente.

—¿Qué te pasa, Hipólita?—preguntó Sapiens un tanto ofendido.

—¿Qué quieres que me pase? ¡Que pareces una máscara!

Y se marchó sin cesar de reír.

Entonces Sapiens puso en práctica un plan que su ingenio le había dictado.

Sacó el cinturón del arca donde lo había guardado Antíope y salió cautelosamente de la tienda.

Se dirigió a aquella en que Hércules estaba encadenado y despidió a los guardianes.

Hércules se echó a temblar al verle, pero Sapiens le tranquilizó:

—No temas. No vengo a hacerte ningún daño—le dijo en voz baja—. Por el contrario, he venido a traerte el cinturón que tanto deseas.

Se lo entregó. Hércules estuvo a punto de echarse a llorar de alegría.

—No podía sospechar que tenía en ti un tan gran amigo.

—Es que lo hago también porque si tú te llevas el cinturón, las mujeres habrán perdido su poder y lo reconquistarán los hombres.

—Ahora comprendo tu generosidad.

—Me va a ser muy difícil quitarte las cadenas.

—Por eso no te preocupes. Los romperé como si fueran un hilo de coser. No lo he hecho antes porque no habría adelantado nada estando aquí los prisioneros.

Y como en aquel momento se diera cuenta Sapiens de que llegaba Hipólita, dijo en voz baja:

—¡Cuidado! ¡Disimulemos!

Y desenvainó la espada y fingió estar dando una paliza a Hércules.

—¿Tienes bastante?—gritaba.

La reina sonrió pensando: "No sería tan valiente si le quitaran las cadenas".

Y dijo en voz alta:

—Déjalo en paz, Sapiens.

—Quería demostrarte lo fuerte que soy.

—¡Vamos, vamos! Ya te has divertido bastante. Ahora, a dormir.

Y apenas dejaron solo a Hércules, éste rompió fácilmente las cadenas y huyó hacia el campamento griego.

* * *

La noticia corrió por el campamento como reguero de pólvora.

Hércules había huído. ¡Y se había llevado el cinturón!

Las amazonas se negaron a permanecer una hora más inactivas y salieron a dar la batalla.

Fué inútil todo cuanto se hizo para detenerlas.

Al mismo tiempo, Antíope, que ya no quería disimular su amor por Tesco, estaba en compañía de su amado y mantenía con él un diálogo lleno de ternura.

Entonces llegó hasta ellos la noticia de que Hércules había regresado con el cinturón de Diana y a los pocos momentos se percibió el fragor de la batalla entablada por las amazonas.

—¡Son ellas, mis amigas!—gritó Antíope—. Déjame que combata con ellas.

—¡No, no saldrás de aquí! No permitiré que te expongas a semejante peligro.

—¡Paso!

—¡No!

Entonces Antíope, en la que había resurgido la intrépidez arrolladora del paladín, arrebató a Tesco su puñal y lo clavó en el pecho del "amado enemigo".

Se desplomó Tesco y entonces tuvo la princesa el paso libre.

Se dirigió a la puerta, pero una vez allí se detuvo. Volvió atrás, se arrodilló al lado del herido.

—Tesco, perdóname.

El sonrió.

—¡Te adoro, Antíope!

Desde aquel momento ya no volvió a preocuparse Antíope del perdido cinturón ni de la batalla que se había entablado.

Lavó y vendó la herida que ensangrentaba el pecho del amado y le preguntó:

—¿Estás mejor?

—Soy feliz—repuso él.

—¡Amor mío!

Y después, cuando se enteró de que las amazonas habían sido derrotadas, exclamó:

—Me duele la derrota, pero ¡es tan hermoso sentirse amada así!

Y él repuso:

—Desde hoy se acabaron para ti las batallas. Vivirás como una reina en un magnífico palacio que yo tengo para ti. Se acabaron las luchas y los odios, porque ha nacido el amor.

—Sí, desde ahora sólo podré vivir para amarte.

Y, entretanto, el campo de batalla, se había convertido en un campo de amor y de fiesta.

Las amazonas habían sido derrotadas y los soldados griegos, viéndolas tan hermosas, decidieron aprovechar su victoria dejando correr el caudal de su pasión y de su vehemencia.

Y como la verdad era que a las amazonas no les desagradaba el juego, cada una había elegido al vencedor que más le gustaba, corrió el vino, y los besos, las risas, los cantos de amor y alegría llenaron el campo de batalla.

Popus iba de un lado a otro del campamento con una bella

muchacha sentada en los hombros y una parra de vino en la mano.

Y gritaba:

—¡Con razón decía yo que nos íbamos a divertir con esta guerrita!

* * *

La reina estaba muy triste. Había perdido la guerra y había perdido el poder para siempre.

Apareció Sapiens de pronto. Dirigió a la reina una sonrisita de superioridad.

—Prepárate, querida. Todo va a cambiar entre nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que desde hoy manda el rey y manda el marido.

—Eso lo veremos.

—¡No hay nada que ver!—replicó Sapiens enérgicamente—.

Desde hoy tú te quedarás en casita y yo saldré todas las noches.

—¡Tú no saldrás!

—¡Sí saldré! ¿Quién manda aquí?

—Ahora mandas tú, lo reconozco—repuso Hipólita bajando la cabeza.

—Me alegro de que lo reconozcas.

—¡Pero no saldrás!—repitió tenazmente.

Y no salió, lectores. Porque entonces ocurrió lo que ocurre ahora y ha ocurrido toda la vida: en un matrimonio manda el marido, pero se hace lo que la mujer quiere.

FIN

PF

RECUERDE LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES:

Aventuras Film.	0'15 pta.
La Novela Cinematográfica del Hogar.	0'30 »
Exitos Cinematográficos	0'50 »
Los Mejores Films.	0'50 »
Ediciones Especiales.	1'— »

Ediciones BISTAGNE - GARANTIA DE EXITO

Números publicados:

CHANDÚ, por Edmund Lowe, Irene Ware, etc.

EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan

NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Gustav Froehlich y Liane Haid

LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy

¡ALÓ, PAPÍ!, por Josette Day, Germaine Aussey, Wolfgang Klein, etc.

PAJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.

LA BAILARINA SANS SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebuhr, etc.

UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Pré-jean, etc.

DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, Ernest Torrence, Lew Cody, etc.

EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett.

RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, etc.

ABISMOS DE PASIÓN, por Jean Harlow, Mae Clarke, etc.

LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakefield, Robert Forgyharson, Renée Clama, etc.

EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, Constance Cummings, Donald Dillaway, etc.

EL HOMBRE QUE VOLVIO, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, Mona Maris, etc.

SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, John Boles, etc.

EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, Olga Blacanova, Neil Hamilton, etc.

EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.

MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.

AVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, Hans Rehmann, etc.

ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, Neil Hamilton, Lewis Stone, Walter Huston, etc.

ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melwyn Douglas, Alison Skipworth, Ferdinand Gottschalk, etc.

EL PAÑUELO INDIO, por Cathleen Nesbitt, Emilyn Williams, Belle Chrystall, D. A. Clarke-Smith, etc.

EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Gadd, John H. Roberts, Hugh Williams, Richard Bird, etc.

LA PRINCESA DEL «5 10», por Marion Davies, Leslie Howard, Kent Douglas, Richard Bennett, Irene Rich, etc.

ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conrad Nagel.

ENTRE DOS CORAZONES, por Douglas Fairbanks, Jr.

PIERNAS DE PERFIL, por Buster Keaton, Jimmy Durante.

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

MILADY

Segund parte de
LOS TRES MOSQUETEROS

ESCLAVITUD

por Doroihy Jordan, Alexander Kirkland, etc.

LA CALLE 42

por Warner Baxter, Bebé Daniels, etc.

LAS DOS HUERFANITAS

por Rosine Déréen, Saint-Cyr, etc.

CABALGATA

por Diana Wynyard, Clive Brook, Herbert Mundin, etc.

SECRETOS

por Mary Pickford, Leslie Howard, etc.

LA FERIA DE LA VIDA

por Janet Gaynor, Sally Eilers, etc.

UNA MORENA Y UNA RUBIA

por Raquel Rodrigo, Consuelo Cuevas, etc.

COMO TÚ ME DESEAS

por Greta Garbo, Eric Von Stroheim, etc.

El relicario

por Nieves Aliaga, Maruja Amaranto, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Pasaie de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.

E. B.

